

Tras haber eliminado a Arafat como autoridad efectiva en Cisjordania, Israel busca una instancia internacional que administre los Territorios y le evite tener que reocuparlos

Palestina después de la ofensiva de Sharon

De pseudo-Estado a protectorado

La guerra eufemísticamente denominada por Israel 'Operación Muro Defensivo' fue planeada para crear hechos que determinarían la naturaleza de un futuro arreglo con los palestinos. La invasión ha destruido a la Autoridad Palestina (AP) en Cisjordania. Las 'Áreas A', donde la AP controlaba la seguridad, han sido transformadas de hecho en 'Áreas B', donde la seguridad está bajo control israelí. De este modo, Israel ha cancelado el componente esencial de los Acuerdos de Oslo. Si bien la posición de la AP ha ido en declive durante años, este declive ha sido especialmente notorio durante los diecinueve meses de Intifada. Con la invasión de las 'Áreas A' y la eliminación de la infraestructura de seguridad y organizativa de la AP en Cisjordania, Israel ha dejado clara su postura: la única función que le permitirá ejercer a la AP en Cisjordania será la de servir como referente político exclusivamente simbólico para futuras negociaciones.

Yacov Ben Efrat

Redactor de la revista israelo-palestina *Challenge* y militante de la izquierda antisionista israelí en el seno de la Organización para la Acción Democrática (OAD)

UN SUPUESTO básico de Oslo era que las fuerzas palestinas actuarían como agentes de Israel en los Territorios Ocupados (TTOO), protegiendo al Estado y a sus asentamientos. Sin embargo, Israel finalmente comprendió que la AP no podría cumplir lo prometido. La reciente intensificación de atentados suicidas ha causado pérdidas de vidas humanas y un serio perjuicio económico, debilitando la moral de sus ciudadanos. Cada uno de esos ataques ha impulsado al gobierno de Israel hacia acciones decisivas de carácter masivo. Al principio, la AP intentó mantenerse claramente al margen de los atentados suicidas. Israel, por su parte, dio a Arafat tiempo para acabar con la resistencia. Ocurrió lo contrario. Según aumentaban los ataques suicidas,

crecía su popularidad entre los palestinos. La AP perdió terreno frente a los movimientos populares: Al-Fatah, Yihad Islámico y Hamas.

Durante la Intifada, la AP jugó con dos barajas. Por un lado, expresó su compromiso con Oslo y con las propuestas norteamericanas de mediación (Mitchell y Tenet). Por otro, temiendo perder el apoyo popular, evitó la confrontación con los movimientos que llevaban a cabo ataques suicidas. En su lugar, la AP se esforzó inútilmente en quebrar el gobierno de unidad nacional israelí. Dado que el primer ministro israelí Ariel Sharon se negó a que la AP sacara algún beneficio político, la AP declaró que no tenía ningún atisbo de esperanza que ofrecer a su pueblo como razón para frenar la lucha. Arafat calculaba que, intensi-

ficando el conflicto, desbarataría la promesa de “paz y seguridad” de la campaña de Sharon. Los israelíes contemplarían su fracaso y el Partido Laborista abandonaría la coalición.

Pero las cuentas salieron mal. En lugar de lo anterior, la calle israelí se ha convencido de que Arafat apoya el terrorismo. Algunos de los más firmes aliados de la AP pertenecientes al Partido Laborista le han vuelto la espalda. Muchos de los que condenaban a Sharon en el pasado debido a su papel en la Guerra de Líbano muestran hoy su comprensión por los motivos que le han llevado a devastar Cisjordania, causando una nueva tragedia para el pueblo palestino. La AP ha considerado conveniente personalizar el conflicto, centrando la atención en la culpabilidad de Sharon. Sin embargo, la verdadera causa de la violencia han sido los propios Acuerdos de Oslo. La actual Intifada comenzó como una expresión popular de ira contra Oslo, incluyendo a los dos socios: Israel y la AP. No es extraño, pues, que los dirigentes de la AP hayan tratado de reconducir esa ira. Después de todo, fue a través de Oslo que la AP puso el destino de su pueblo en manos de israelíes como Sharon¹.

Los objetivos estratégicos de Ariel Sharon

La confusión que rodeó la invasión israelí de las ciudades palestinas hizo difícil identificar los objetivos de las operaciones. Israel aseguraba que su pretensión era destruir “la infraestructura terrorista”. Sin embargo, incluso mientras la invasión estaba teniendo lugar, el ministro de Defensa Ben Eliezer admitió que el

país conseguiría como mucho una tregua de unos meses.

Si la operación no podía acabar con el terror, ¿cuál era entonces el objetivo? ¿Se trataba de vengarse del pueblo palestino, que había rechazado las ofertas israelíes de Camp David y siguió con los atentados suicidas? ¿O quería Sharon deportar a Arafat y crear un nuevo liderazgo palestino? ¿Era la meta eliminar a la AP?

Basándonos en lo que ha ocurrido, ahora podemos definir los objetivos de Israel más claramente: 1) derrotar a las milicias palestinas sobre las que la AP había perdido el control; 2) aterrorizar a la población; y 3) eliminar todos y cada uno de los vestigios de la AP en Cisjordania al tiempo que se creaba un vacío gubernamental.

Significativamente, la Franja de Gaza no formaba parte de la agenda. La primera ciudad invadida fue Ramala, donde las fuerzas del ejército israelí asediaron y aislaron a Arafat. Frente a esto, Israel penetró en Nablus y Yenín para liquidar a las organizaciones de la resistencia que habían operado en esas ciudades con absoluta libertad. La mayor parte de los suicidas procedían de allí. El cerco al cuartel general de Arafat en Ramala era parte del programa para eliminar a la AP (salvo como referencia simbólica), al igual que el bombardeo de los edificios de la AP en Cisjordania. La conquista del Centro de Seguridad Preventiva en Betunia fue especialmente significativa. Ese era el centro de poder de Yibril Rayoub, antiguo *querido* de los israelíes y de la CIA. Al actuar en su contra, Israel demostró que ya no tenía ninguna intención de depender

¹ Véase “The Trouble with Oslo”, publicado en internet en *Challenge*, núm. 64: <http://www.hanitzot.com/challenge/Oslotrouble.html>

nunca más, en Cisjordania al menos, de ninguna fuerza de seguridad palestina organizada. El ejército invadió y destruyó sistemáticamente las numerosas oficinas de la AP, la Radiotelevisión Palestina, el Ministerio de Educación y la Oficina de Estadística palestina, así como instituciones y oficinas civiles como el Banco Internacional de Palestina. El ejército destruyó todos los ordenadores que encontró a su paso. La naturaleza sistemática y generalizada de estos ataques demuestra que su objetivo no era el terrorismo sino toda la base institucional de la AP.

Israel también detuvo a Marwan Barghuti, portavoz de la Intifada, que dirige Al-Fatah y su rama militar ([denominada] *Tanzim*), en Cisjordania. Esta detención es otra prueba de que Israel ya no tiene ningún interés en que exista ninguna base popular o de partidos que pudiera suponerle una amenaza o la resurrección de la AP. Israel ha aprendido la lección de la simbiosis entre la AP y Al-Fatah. Las operaciones llevadas a cabo por Al-Fatah, la organización política de Arafat, dotaron a la AP de la flexibilidad anteriormente expuesta. En tanto que ligada a Oslo, la AP no podía declarar la guerra a Israel. Sin embargo, bajo el manto de la Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa, le era posible ejecutar ataques que apuntaban a la popularidad de Arafat, tapando así la pasividad de la oficialidad de la AP.

A pesar de la destrucción sistemática y el caos que Israel ha causado en Cisjordania, ha permitido que los líderes de la AP se mantengan en su sitio como referente político de

carácter simbólico. Israel definió a Arafat como un enemigo pero evitó declararle la guerra. En otras palabras, Israel ha demolido las ramas militar y administrativa de la Autoridad Palestina pero no ha cortado los lazos con esas personas que están todavía formalmente comprometidas con el marco de Oslo.

Uzi Dayan, presidente del Consejo de Seguridad Nacional de Israel, confirma este punto: “Cuando se lucha contra alguien y se le exige algo, ello significa que existe una instancia a la que uno puede acudir con sus exigencias. Sería un error eliminar a la AP como instancia ya que en ese caso nuestro interlocutor pasarían a ser tres millones y

medio de personas. Dar un giro hacia una situación en la que nosotros gobernásemos a los palestinos y administrásemos sus vidas sería un gran error a largo plazo”.²

Los Acuerdos de Oslo han sido la verdadera causa de la violencia



¿Por qué Israel no ha invadido Gaza?

Mientras saqueaba Cisjordania, Israel no intervino contra las bases de la AP en Gaza. Para entender la trascendencia de este hecho es necesario recordar la fórmula original de los Acuerdos de Oslo, “Gaza y Jericó, primero”. Al final de la primera Intifada, existía un consenso en Israel para abandonar Gaza. La cuestión de Cisjordania, sin embargo, era más compleja; Israel tiene intereses estratégicos en esa zona, especialmente en conexión con Jordania donde quiere garantizar la continuación de la monarquía. Un Estado palestino soberano en Cisjordania

2 *Yediot Aharonot* (suplemento dominical), 26 de abril de 2002.

amenazaría el futuro de este reino, la mayoría de cuyos habitantes son palestinos.

El problema del futuro de Cisjordania preocupaba al primer ministro Isaac Rabin a lo largo de las discusiones sobre un acuerdo futuro. Rabin prefería que la entidad palestina se dividiese en dos centros de autoridad: uno controlado por Arafat en Gaza y otro, en Cisjordania, con Faisal Huseini y los líderes del “interior” (por ejemplo, aquellos que representaron a los palestinos en la Conferencia de Madrid). Ya en septiembre de 1993 describíamos la sensibilidad de Israel en relación con Cisjordania en un libro publicado en árabe titulado *Gaza y Jericó primero: ¿un paso hacia un Estado, o una nueva forma de colonialismo israelí?* Rabin estaba listo, escribíamos entonces, para dar vía libre a Arafat en Gaza. “En Cisjordania, sin embargo, los israelíes quieren mantener una supervisión estricta sobre la administración palestina. Quieren otorgar a Faisal Huseini un papel central. La propuesta israelí, apoyada por EEUU, prevé dos regímenes con bases de poder separadas. La división de la autoridad les debilitará y les hará dependientes una de la otra y de Israel”.

Por lo que se refiere a Cisjordania, escribíamos: “en ciertas áreas, se concederá una cierta autoridad a la entidad palestina pero sólo cuando se haya consolidado la de Gaza. Transcurridos tres o cinco años tras el acuerdo, los palestinos no tendrán base para exigir ni una retirada significativa ni el desmantelamiento de los asentamientos. Antes de que las negociaciones para un arreglo final comiencen, la opción de un Estado palestino habrá quedado más lejos que nunca. No debemos esperar que esta cuestión llegue siquiera a plan-

tearse en la agenda”. (Desde que estas palabras fueron escritas, los términos “Estado palestino” han salido de los labios de George Bush y Ariel Sharon pero ninguno de los dos ha definido qué tipo de Estado sería ese).

En el transcurso de la Conferencia de Madrid de 1991, Arafat respondió desde Túnez a la división de la autoridad que Rabin tenía en mente. En este punto, al menos, hizo valer su opinión. Castigó entonces a Faisal Huseini, distanciándolo de los centros de poder. Hoy Arafat está cercano en la puesta en práctica de los requerimientos de Oslo. Así, nueve años después, debe hacer frente a la opción que le propusiera Rabin al comienzo.

El consenso detrás del plan de Sharon

A los responsables de la AP les gusta afirmar que Sharon quiere reconquistar los TTOO y volver a los días de la ocupación directa. Esto es demagogia. Si ese fuera el plan, Sharon no habría establecido un gobierno de unidad nacional con el Partido Laborista. Cuando lo hizo, se enfrentaba a una nueva Intifada. El resultado ha sido el establecimiento de un régimen extraordinario basado en propuestas y principios que unen a todas las corrientes políticas mayoritarias de Israel.

La actual política de Sharon refleja las lecciones que aprendió en la invasión de Líbano en 1982 que tuvo como resultado numerosas pérdidas y, finalmente, la retirada. Sharon ha comprendido la necesidad de coordinar sus acciones con EEUU. Por fortuna para él, ha encontrado un interlocutor receptivo en George Bush. Sharon ha comprendido igualmente

que el Partido Laborista es un aliado esencial en la ejecución de su política hacia los palestinos. Ha aprendido que no debe consentir las grandiosas fantasías que pretenden trazar un mapa totalmente nuevo. Sabe que habría hecho mejor concentrándose en un único objetivo central y estratégico: resolver el problema palestino de un modo que garantizase la supremacía de Israel.

Las últimas acciones de Israel vienen a ser crímenes de guerra —sobre esta cuestión existen pruebas de sobra— pero el pueblo palestino no se enfrenta hoy un desalojo masivo (*transfer*) como el de 1948. Tampoco se enfrenta a una conquista como la de 1967. Si hablamos de una catástrofe, podemos fecharla en 1993, cuando el liderazgo palestino vendió sus derechos a cambio de generosos sobornos. El pueblo palestino se enfrenta hoy a un primer ministro israelí que utiliza su supremacía militar y su destructivo poder para alcanzar fines políticos muy bien definidos, que han recibido el visto bueno tanto de la Administración norteamericana como de los aliados laboristas de Sharon. Todos están de acuerdo en que la AP ya no puede funcionar en calidad de socio en el proceso de Oslo. Esto es, la AP ya no sirve a los intereses estratégicos de Israel, a cambio de la existencia de un débil Estado palestino.

En su momento, la incursión de Israel pareció una respuesta espontánea por el ataque suicida de la cena de Pascua de Netanya. No lo fue. Fue el resultado de un plan detallado preparado cuando otras medidas pre-

vias habían fracasado para liquidar la Intifada.

La cuenta atrás para la invasión comenzó en junio de 2001, cuando más de veinte israelíes murieron a consecuencia de un atentado suicida en la discoteca del *Delphinarium* de Tel Aviv. Desde ese momento, Israel comenzó a utilizar métodos que no había usado anteriormente, incluyendo tanques y aviones, sin preocuparse de si ocasionaba o no bajas civiles. Aceleró también el ritmo de los asesinatos de líderes locales. El mensaje lanzado a la AP era claro: “Si no hacéis vuestro trabajo y mantenéis el orden, nosotros lo haremos por vosotros con los medios que consideremos oportunos”. Tales acciones socavaron la autoridad de la AP, incrementando el caos en los TTOO, que fueron quedando progresivamente bajo el control de bandas armadas libres

fuera del control de la AP.

Durante la escalada, el papel de EEUU se redujo al de mediador de urgencia, tal y como quedó de manifiesto en los planes de George Mitchell, George Tenet y Anthony Zinni. EEUU aceptó y transmitió la exigencia israelí de que la AP pusiera fin a la Intifada como una precondición para las negociaciones. Pero el creciente sentimiento de odio palestino hacia Israel y EEUU situó a la AP en un dilema imposible, entre el yunque de la ira popular y el martillo de la presión de la Casa Blanca.

La decisión israelí de eliminar a la AP se tomó una vez que otras alternativas fracasaron. No se trata de una cuestión intrascendente, ya que con

Sharon ha
comprendido
que el Partido
Laborista es un
aliado esencial
en la ejecución
de su política
hacia los
palestinos



ello se crea un vacío político que tendrá que llenar un nuevo régimen que ocupe el lugar del creado en el marco de Oslo. Sharon ha reconocido hace tiempo que alguna forma de Estado palestino es inevitable. Lo ha expresado en múltiples ocasiones. Desde su punto de vista, sin embargo, la vía para alcanzar ese Estado pasará por largas etapas intermedias. Ello permitirá a EEUU y a Israel evaluar si los palestinos están preparados para vivir en paz bajo la supremacía israelíes, reconociendo las especiales necesidades de seguridad de Israel.

¿Cuál será el instrumento que designará los escenarios y facilitará la ocupación del hueco dejado por ese vacío de poder? De acuerdo con la idea de Sharon, será una nueva conferencia internacional en la línea de la de Madrid de 1991. Llamémosla “Madrid II”. La conferencia dotará al plan de Sharon del beneplácito del mundo árabe y la comunidad internacional. Dicho apoyo será necesario para respaldar a los negociadores palestinos, que serán presionados para aceptar un acuerdo a pesar del daño que ocasionen a los derechos de su pueblo.

Es posible inferir las dimensiones geográficas del Plan de Sharon a partir de las acciones de Israel durante la reciente invasión. Según parece, Gaza se convertirá en la principal zona de actuación de la AP. Los asentamientos ubicados en la Franja podrán ser desmantelados. Cisjordania será otra historia: Israel la cercará con una zona de seguridad en la que estacionará a su ejército: esta zona incluirá el Valle del Jordán, el área de Hebrón, y los principales bloques de asentamientos. Las áreas palestinas estarán conectadas entre sí

por estrechas franjas. “Madrid II” determinará la naturaleza del régimen en dichas áreas³.

11-S: cambio de normas

Antes del 11 de septiembre, el presidente de EEUU George W. Bush se mantuvo a alguna distancia de la región. Arafat quería que se implicase y, aquí también, como en su intento de dividir al gobierno israelí, pensó que una escalada de la violencia, incluidos los ataques suicidas, contribuiría a ello. Los ataques enseñarían al presidente neófito una lección, mostrándole lo que podía pasar si no intervenía.

También aquí calculó mal. Bush todavía se niega a invitar a Arafat a la Casa Blanca que bajo el mandato de Clinton era casi como de la familia. A pesar de la presión que Arafat ha conseguido ejercer a través de Arabia Saudí y Egipto, el nuevo presidente norteamericano no ha considerado conveniente modificar su posición. Ha adoptado el punto de vista de Sharon: no a las negociaciones mientras continúe el terrorismo. Su rechazo a reunirse con Arafat ha sido una carta política en manos de Israel que condiciona cualquier encuentro a la aceptación por parte de Arafat de los términos israelíes.

Los atentados del 11 de septiembre han endurecido la posición norteamericana en todo lo concerniente al mundo árabe. Los ataques no procedieron de un enemigo como Corea del Norte, Cuba o Iraq, sino en su mayor parte de Arabia Saudí, un aliado próximo. EEUU descubrió que la AP no era el único régimen que tenía problemas con el islam militante. La mayor parte de los esta-

³ Véase al final, *Las revelaciones de Martín Indyk*, como texto anexo a este artículo. [Nota de N.Á.]

dos árabes tampoco pueden controlarlo. En consecuencia, en la Casa Blanca, las acciones israelíes han subido.

Los regímenes árabes son débiles. Con economías inestables y un desempleo creciente, les es difícil mantener, ante el descontento popular, sus regímenes corruptos y dictatoriales. La única oposición en las calles del mundo árabe es actualmente la de las corrientes islamistas extremistas que sacan punta a la desesperación de las masas convirtiéndola en una amenaza contra esos regímenes. Cada vez que la situación palestino-israelí se calienta, los dictadores de Arabia Saudí, Egipto y Jordania tienen dificultades a la hora de defender sus alianzas con EEUU. Tras el 11 de septiembre, que produjo una inmensa presión de la Casa Blanca y de los medios de comunicación estadounidenses, Arabia

Saudí se vio obligada a condicionar su apoyo a la guerra de EEUU contra el terrorismo. Arabia Saudí dijo a EEUU: en efecto, podemos unirnos a vosotros (en otras palabras, podemos enfrentarnos a las organizaciones militantes islamistas) si adoptáis una posición más equilibrada en la cuestión palestina. Oportunamente, Bush accedió con una “visión” de un Estado palestino.

La visión de Bush se vio exitosamente recompensada, en su debido momento, con la “iniciativa Saudí”. Ésta propone que los estados árabes normalicen sus relaciones con Israel si éste se retira completamente de los TTOO en 1967. La importancia de la propuesta no radica en su contenido. Tras Oslo, la mayor parte de los

Estados árabes comenzaron a establecer relaciones normalizadas con Israel. Ni Israel ni EEUU han considerado nunca seriamente la exigencia de una retirada total. De hecho, la propuesta se ha ido diluyendo hasta acomodarse a las dimensiones de los planes Mitchell y Tenet. La importancia de la iniciativa radicaba en el hecho de que la hicieran los saudíes, pues de este modo Bush recibía una “cobertura” árabe para su futura conferencia internacional que hemos apodado como “Madrid II”.

Existe entre los regímenes árabes, incluyendo la AP, la ilusión (muy extendida) de que se puede criticar a Israel al tiempo que se apoya a EEUU. De hecho, a pesar de la posición pública de George Bush, la incursión israelí en Cisjordania se ha mantenido dentro de los parámetros de la visión de Washington para la región. Ni siquiera

ha hecho descarrilar a la iniciativa saudí. La operación “Muro Defensivo” comenzó, de hecho, un día después de que la Cumbre Árabe de Beirut adoptara dicha iniciativa. La incursión no fue, como la prensa árabe señaló, una respuesta negativa a la propuesta saudí. Al contrario, reflejó la interpretación israelí de la misma. La incursión pretendía transformar esta interpretación en una posibilidad práctica.

También la izquierda israelí, con su habitual miopía, ha acogido la iniciativa saudí. Debemos entenderlo, sin embargo, dentro de su contexto, con el mundo árabe volviendo a formar parte de la guerra contra el terrorismo cuyo próximo objetivo es Iraq. Según la visión de EEUU, el

Tras Oslo, la mayor parte de los Estados árabes comenzaron a establecer relaciones normalizadas con Israel



objetivo prioritario es desactivar el frente palestino-israelí para poder liberar todas las fuerzas para el combate contra Sadam [Husein]. EEUU no tiene interés en debilitar estratégicamente a Israel o conseguir la libertad de los palestinos. Incluso aunque Bush admita la iniciativa Saudí, reconoce el derecho de Israel a “defenderse”, esto es, a librar una campaña de destrucción contra el pueblo palestino y sus líderes. La posición de EEUU no es ambivalente. Quiere arreglar el conflicto de un modo que preserve sus intereses, que garantice tanto la supremacía israelí y la supervivencia de los dictadores árabes amigos. Esta es, en suma, la esencia de la *visión* de Bush en la que no hay lugar para un Estado palestino viable que asuma el control de su propio territorio y su espacio aéreo y marítimo.

La exigencia de Bush de que Israel se retire de las áreas que ha invadido encaja con los objetivos israelíes. Israel no desea permanecer allí, como ha declarado reiteradamente. Israel aprendió la lección de la primera Intifada: no hay beneficio alguno en intentar gobernar a una población hostil. Israel quiere gobernar los TTOO por control remoto, sin preocuparse del sufrimiento de sus habitantes y sin tener que hacerse cargo de sus necesidades.

Los sucesos del 11 de septiembre cambiaron el mapa del mundo para muchos, Israel incluido. Israel sabe que no puede tomar decisiones fuera del marco de la política norteamericana. Su economía depende de la estadounidense, al igual que su seguridad. No se puede diferenciar, pues, entre los objetivos de Sharon y aquellos de la Casa Blanca. Ambos están de acuerdo sobre la cuestión palesti-

na: es posible sacarse la espina estableciendo un pseudo-Estado. Ninguno quiere un Estado que satisfaga los derechos del pueblo palestino.

¿'Madrid II'?

Después de que Israel destrozase la infraestructura civil y administrativa de Cisjordania, Bush envió a su Secretario de Estado, Colin Powell, a la región. Su misión era obtener un acuerdo con concesiones recíprocas. No se dio prisa: mientras Cisjordania ardía, el Secretario de Estado hizo una parada en varios países árabes y finalmente en Madrid. Allí se reunió con representantes europeos así como con el ministro de Exteriores de Rusia y Kofi Annan, el Secretario General de NNUU. Tras abandonar Madrid, Powell casi había conseguido que tanto los árabes como el resto del mundo apoyasen una nueva conferencia internacional.

Antes de abandonar Jerusalén, Powell definió los objetivos estratégicos de la conferencia: “en primer lugar, la seguridad y la prevención de actos de terrorismo y de violencia, tanto por parte de Israel como por parte palestina. En segundo lugar, el establecimiento de negociaciones serias y rápidas para alcanzar un acuerdo político. En tercer lugar, el apoyo económico y humanitario para mejorar las trágicas condiciones del pueblo palestino”.⁴

Sharon manifestó rápidamente su interés en la celebración de una conferencia internacional. Esto constituía un cambio de actitud. En el pasado, Israel siempre se había resistido a parlamentos de esa naturaleza. Al final de la Guerra del Golfo de 1991, EEUU invitó a Israel y a los Estados árabes a Madrid para esta-

4 *The New York Times*, 18 de abril de 2002.

blecer negociaciones globales con el objetivo de alcanzar un arreglo al conflicto sobre la base de las resoluciones de NNUU. Las conversaciones fueron confusas, pero fuera del marco de la conferencia internacional, con la aprobación de Arafat, el equipo palestino alcanzó por separado un acuerdo con Israel que puso las bases para los Acuerdos de Oslo. La inexistencia de un marco internacional para hacer cumplir tales acuerdos es una de las causas más importantes del deterioro actual.

¿Qué es lo que ha ocurrido ahora para que Israel esté de acuerdo en celebrar una conferencia internacional? Israel ha eliminado a la AP como fuente de autoridad en Cisjordania, pero no desea volver a la ocupación directa. No tiene más alternativa, pues, que encontrar una tercera parte que administre el área. ¿Quién será? Sólo una conferencia internacional puede decidirlo. A pesar de que no se haya anunciado oficialmente, personas próximas a fuentes militares y políticas israelíes va pregonando la idea de internacionalizar el régimen de gobierno en Cisjordania. Una de esas personas es Alex Fishman, la *lumbrera* militar del diario hebreo *Yediot Aharanot*. En el suplemento político del 14 de abril pasado, escribía: “Hace unos meses, cuando Sharon lanzó el programa para crear una ‘amplia zona tapón’ (que incluiría la presencia de las fuerzas del ejército israelí en un área de entre uno y diez kilómetros al este de la Línea Verde [de demarcación previa a 1967]), la gente lo tomó como un simple antojo para torpede-

ar el proceso diplomático. Ahora parece que Sharon lo planteaba en serio. Estas ‘zonas tapón’ tienen por objeto dibujar el mapa de acuerdo con los intereses israelíes. Es decir, la presencia militar masiva dentro de esas zonas creará hechos sobre el terreno que limitarán la extensión de la fuerza multinacional en el territorio de Cisjordania”. Fishman seguía: “Debido a que el término ‘fuerza multinacional’ es anatema para los

israelíes, el gabinete ministerial se sorprendió la semana pasada al oír hablar al primer ministro de tal posibilidad y de la necesidad de prepararse rápidamente para ello”.

Según Fishman, Ariel Sharon está poniendo el remedio antes de que le sobrevenga la enfermedad: no quiere que la fuente de autoridad de una fuerza internacional provenga del Consejo de Seguridad de NNUU sino de una conferencia que se convocará sobre la base de los intereses israelíes.

Previendo el carácter de dicha fuerza, Fishman utiliza sin embargo el modelo de los *boinas verdes* que fueron enviados a Kosovo. “Se trata de una fuerza activa”, escribe, “que impone su autoridad a las partes y aplica las decisiones internacionales por medio de la fuerza militar”.

Cuando el secretario de Estado Powell describió los objetivos de la conferencia internacional, los enumeró en el mismo orden en el que fueron aplicados en los Balcanes: seguridad, un acuerdo político, ayuda económica y humanitaria. Fue allí donde, primero, EEUU penetró y luego demolió una nación, tal y como Sharon ha hecho en Cisjordania

El objetivo
prioritario de
EEUU es
desactivar el
frente palestino-
israelí para
poder liberar
todas las fuerzas
para el combate
contra Iraq



nia. Aquí como allí, el conquistador volverá bajo el disfraz de una fuerza de paz que viene a rescatar al pueblo palestino. El emisario de NNUU para Oriente Medio, Terje Larsen, ha descrito la catástrofe humanitaria que ha tenido lugar en el campamento de refugiados de Yenín. Con ello prepara el camino para una nueva ocupación —esta vez de la fuerza internacional— bajo la cobertura de la ayuda humanitaria: primero bombas, después mantas. Las organizaciones no gubernamentales y la burguesía palestina jugarán un papel esencial en las actividades de recuperación que se centrarán en garantizar la estabilidad y la seguridad, que no la soberanía, palestinas.

Pronunciamientos oficiales aparte, el propósito del viaje de Powell no era alcanzar un alto el fuego sino mostrar a Arafat que los días de la AP en Cisjordania han llegado a su fin de manera irrevocable. En lugar de caminar hacia Jerusalén como un mártir, según prometió, Arafat volverá derrotado a Gaza en una posición peor que la que tenía cuando llegó hace ocho años. Está negociando las condiciones de la rendición, no nuevos beneficios. EEUU, la comunidad internacional y, ahora también los regímenes árabes, ya han decidido el curso que habrá de seguir la batalla. El ministro de Asuntos Exteriores saudí, Saud al-Faisal, ha declarado al periódico londinense *Sharq al Awsat* que no bastará con enviar observadores para crear el tipo de separación necesaria entre las fuerzas del ejército israelí y los palestinos encolerizados. “Ahora queremos que se envíen fuerzas internacionales para proteger a los palestinos y garantizar la seguridad siguiendo el modelo de los Balcanes”.⁵

Este pronóstico se confirma en Amir Oren: “Barghuti ha sido detenido”, escribía en *Ha'aretz* el 19 de abril. “Jibril Rajoub ha sido rebajado. Otros dirigentes de organizaciones han sido etiquetados como empresarios del terror y descartados para su elección. Después de esto, ya no queda ningún dirigente en Cisjordania con quien hablar. Con la cuestión en un estado tan lamentable y para salir de esta situación, Sharon necesita un enfoque alternativo, por ejemplo, Gaza como Estado palestino, aunque no sea definitivo, con Mahmoud Dahlan a su cabeza (y Arafat como presidente honorario), y sin asentamientos; por lo que respecta a Cisjordania, nos encargaremos de ella cuando los palestinos recuperen el sentido común”.

Todo lo que le queda a los fieles de Arafat es asegurar sus intereses personales en los TTOO: empleos, monopolios (sobre el cemento, el petróleo, el tabaco y otros sectores), la distribución de las ayudas económicas y cierta presencia política para al-Fatah, si se comporta. Por su parte, Sharon, ha expresado su disponibilidad para permitir que Arafat participe en la conferencia internacional ya que entiende que, sin él, a Israel le resultará muy difícil obtener la aprobación a su plan.

Resumiendo el contenido de esta primera parte: la idea de Madrid II se ajusta a la posición tanto de Sharon como de Bush, quienes coinciden en que es imposible, en las circunstancias actuales, alcanzar un acuerdo final con los palestinos. Ambos buscan una solución interina de larga duración. Las declaraciones acerca de un Estado palestino, sólo de boca para afuera, les han brindado el horizonte político que necesitaban para

5 Citado por Patrick E. Tyler en *The New York Times*, 29 de abril de 2002

atraer a los palestinos bajo la tutela de una fuerza internacional. Sea cual sea la composición de dicha fuerza, su principal objetivo será garantizar la seguridad de Israel, así como los intereses norteamericanos en la región.

La Intifada, sin programa ni dirección

Durante la Intifada, los ataques israelíes fueron cuidadosamente planificados. Sus objetivos se adaptaron al equilibrio de fuerzas regional. No puede decirse lo mismo del lado palestino. La AP ha permanecido confundida y dividida. Los movimientos palestinos mayoritarios (al-Fatah y los grupos islamistas) han actuado cada uno de acuerdo con su propio programa. Mientras Israel siempre ha tenido en cuenta los acontecimientos internacionales y las reacciones del mundo árabe, con cuidado de mantener las operaciones militares sin que devinieran en una guerra total, la parte palestina se ha encogido sobre sí misma, ignorando lo que ocurría en el exterior.

Desde que estalló la Intifada, la AP ha minimizado su responsabilidad. Era la única autoridad reconocida en las áreas sobre las que gobernaba y, sin embargo, sus fuerzas de seguridad miraban impotentes cómo los jóvenes palestinos armados con piedras caían en los controles ante israelí. Como hemos dicho en la primera parte, la AP se encontró inmerso en un dilema complejo y embarazoso: por un lado, no podía frenar la Intifada —y, de hecho, esperaba obtener beneficios políticos de ella.

Por otro, no podía respaldar abiertamente la lucha debido a su compromiso con los Acuerdos de Oslo, que prohibían tomar las armas contra Israel. Como resultado de esta dinámica, perdió prestigio tanto ante su pueblo como antes sus patrones de Oslo.

Al-Fatah es la mayor organización política palestina y la única cuyos dirigentes pertenecen a la AP. Arafat, hasta hoy día, preside tanto la AP como al-Fatah. Sin embargo, en lo que a la Intifada respecta, al-Fatah eligió comportarse de un modo diametralmente opuesto a la Autoridad Palestina. Con sus operaciones militares contra Israel, se desarrolló una línea —al menos para el consumo de la población interna— que separaba a Arafat de Marwan Barghuti, máximo dirigente del Tanzim, la rama militar de al-Fatah. Se daba

Los movimientos
palestinos
mayoritarios
(al-Fatah y los
islamistas) han
actuado cada uno
de acuerdo con
su propio
programa



pues una extraña clase de coexistencia entre un gobierno que condenaba las operaciones armadas y una organización que, financiada por él, las llevaba a cabo.

Los miembros de al-Fatah explicaban esta dicotomía del siguiente modo: no estamos comprometidos con los mismos acuerdos que la AP firmó en un momento de debilidad.

Al-Fatah no eligió la lucha armada por idealismo. Barghuti representa un estrato dentro de la organización que ha quedado desde 1994 ajeno al círculo de influencias. Muchos de esos forasteros habían sido líderes populares durante la primera Intifada. Cuando la AP surgió, esperaban que su contribución a la causa sería al menos recompensada; cosa que no ocurrió. La mayoría de

los puestos importantes, así como de los monopolios, fueron a parar a aquellos que vinieron de Túnez. Los cuadros desvalidos de al-Fatah esperaron su momento, que llegó con el estallido de la segunda Intifada, un levantamiento que originariamente expresó el odio que el pueblo palestino sentía no sólo hacia Israel, sino también hacia el denominado “grupo de Túnez”. Al-Fatah contaba con crear su propio centro de poder para transformar el equilibrio de fuerzas dentro de la AP.

El Tanzim

El Tanzim competía con Hamas por el apoyo popular. Adoptó métodos y metas extremadas según se expresaba en su nueva denominación: Brigadas de los Mártires de al-Aqsa. Si bien habían comenzado por atacar a las fuerzas israelíes y a los colonos, dieron un giro hacia los ataques suicidas en el corazón de Israel. Imitaban los métodos de los grupos militantes islamistas que actuaban por inspiración religiosa, no partiendo de un análisis objetivo.

No se planificaba nada a largo plazo, como tampoco evaluaban las consecuencias de sus acciones. Ni uno sólo de los grupos militantes tuvo en cuenta los marcos de acción internacionales o regionales que podían ser relevantes para la situación palestina del momento. Si lo hubieran hecho, se habrían abstenido de iniciar una confrontación total cuando todos los regímenes árabes, incluida la AP, todavía se adherían a la denominada “estrategia de paz”.

Barghuti carecía de influencia política, como se hizo evidente en actitud de oportunismo hacia la AP. Figura clave en el pasado, tomó parte en la decisión de 1993 de adoptar el camino de las negociaciones y

renunciar a la lucha armada. Si más tarde cambió de opinión, debería haber trabajado para reemplazar a la AP. En lugar de eso, eligió conducir la guerra contra Israel mientras mantenía su estatuto de inmunidad como miembro del Parlamento palestino. Esta extraña política le ha llevado en la actualidad a ocupar una celda en una cárcel israelí.

Podemos mencionar otra contradicción en la postura de Barghuti. En el año 1993, él y el resto de los líderes de al-Fatah hicieron suya una “teoría de la derrota” que básicamente consistía en afirmar: “El pueblo palestino no tiene otra opción que aceptar los Acuerdos de Oslo. El mundo árabe está en nuestra contra, la Unión Soviética se ha colapsado y Estados Unidos es la única superpotencia”. Cualquier persona que se opusiera a esta lectura de la situación era acusado de aventurado. En el giro dado por el relaciones públicas de al-Fatah, el patito feo de la derrota en Oslo se convirtió en el cisne de la victoria bajo el liderazgo de “nuestro hermano y comandante *Abu Omar* [Arafat]”.

Cabe preguntarse, “¿qué cambio tan importante ha tenido lugar en los últimos diez años, que ha permitido a algunos palestinos como Barghuti abandonar su anterior derrotismo y dar un giro hacia un programa de guerra total?”.

Al igual que la postura derrotista era una posición equivocada cuando los dirigentes palestinos firmaron los Acuerdos de Oslo, los nuevos combatientes de hoy son incapaces de acomodar sus acciones a la realidad. Llamen a la confrontación armada con Israel pero carecen de los medios mínimos para llevarla a cabo, o una vez que la han comenzado, para proteger a su pueblo de las consecuencias.

Yenín: leyenda o tragedia

En el momento de la invasión israelí de Yenín, Shirin Abu Akleh, infomando para la cadena árabe de televisión *Al-Jazeera*, describía la situación: “Si el ejército israelí invade el campamento y lleva a cabo una masacre, será una derrota para Israel. Pero si no lo invade, será igualmente una derrota. De cualquier modo, el ejército israelí saldrá perdiendo”.

Esta noción refleja el distorsionado pensamiento de los grupos palestinos de oposición. Cuando se aproxima la batalla, admiten que sus fuerzas armadas se han ocultado en el campamento entre los civiles; pero no describen la masacre en ciertos como un desastre que haya que evitar, ¡sino como una derrota para el enemigo! Es en la naturaleza de las masacres donde el rostro criminal del enemigo queda al descubierto, pero no son las masacres las que necesariamente causan su derrota (en 1948 los israelíes perpetraron varias masacres pero no fueron derrotados.) El perdedor es el pueblo, abandonado a su suerte sin nadie que le defienda. Munir Shafiq, una de las *lumbreras* con más experiencia dentro movimiento islamista, considera que igualar Yenín con Sabra y Chatila es una parodia. Más bien, compara el campamento de Yenín con Stalingrado. Combatientes y civiles se mantuvieron unidos, escribe: “el campamento de Yenín fue el que venció en esta batalla, porque se puso en pie, mató y resistió por mucho tiempo y cayó como un mártir”. Un martirio que él

Hamas y Yihad
abrazaron la
segunda Intifada
pero no tuvieron
en cuenta las
lecciones de la
primera



propone como modelo para el futuro⁶. Los dos movimientos islamistas, Hamas y Yihad, abrazaron la segunda Intifada pero no hicieron caso de las lecciones de la primera. Durante varios años de heroica lucha popular (entre 1987 y 1991), la sociedad palestina se las arregló para mantener sus funciones vitales básicas sin hacer que recayeran sobre sí la clase de destrucción y el colapso del que hoy somos testigos. Aún así, el extre-

mismo islamista ve esa primera Intifada como una quimera, porque fue dirigida por un liderazgo laico, y porque se limitó a los Territorios Ocupados en lugar de golpear en el corazón de Israel. La nueva Intifada se presentaba así como una oportunidad de oro: Hamas aparecería como el único movimiento que todavía creía en la lucha armada.

Exaltó los ataques suicidas individuales dotándolos del estatus propio de un programa estratégico total. Los islamistas consideran que los atentados son el arma definitiva para derrotar a Israel. Khaled Mashal, uno de los principales dirigentes de Hamas recientemente deportado por Jordania, decía en *Al-Jazira* hace unos meses: “Si nadie interfiere, Hamas podrá liquidar a Israel en cinco años”.

No deberíamos olvidar que el problema palestino no constituye la parte central del programa islamista. Es uno de entre muchas preocupaciones, junto con Cachemira, Afganistán, Chechenia, las Filipinas y Kosovo. El pueblo palestino es en gran parte un rehén en la lucha que libra Hamas. No tiene forma de

6 *Al-Hayat*, 28 de abril de 2002.

defenderse por sí mismo contra las represalias. Hamas trata a la gente con la misma indiferencia demostrada por Osama Bin Laden cuando declaró la guerra a EEUU, sin tener en cuenta al pueblo afgano o la destrucción que ocasionaría la respuesta norteamericana. En lugar de aprender la lección del 11 de septiembre y de sus secuelas —consistente más que nada en ajustar los métodos a la situación—, Hamas hizo lo contrario. Sus ataques suicidas se incrementaron geoméricamente. Como resultado, el pueblo palestino se ha convertido en objetivo de la guerra norteamericana contra el terrorismo. Los ataques permitieron al gobierno de Washington dar rienda suelta a Israel, que emprendió el camino resueltamente. ¿Alguien se ha preguntado cómo puede Hamas derrotar a Israel cuando ni siquiera puede perturbar a la AP? Hamas se lanza al vacío y la gente paga el precio, sin un liderazgo o un programa real en la lucha contra la ocupación. El “síndrome Bin Laden” —retórica militante en ausencia de poder para cambiar la realidad— es típico de todos los movimientos islamistas fundamentalistas. En ningún Estado árabe relevante han tenido éxito a la hora de hacerse con el poder.

Reconocer la realidad

Dada el actual equilibrio de fuerzas, Hamas no puede derrotar a Israel con sus ataques suicidas, lo mismo que la vía de la negociación elegida por la AP no puede conseguir la independencia. No es que haya nada malo con la negociación en sí misma, o que la lucha armada contra la ocupación sea algo ilegítimo. No es un problema metodológico. El factor decisivo es el actual equilibrio de fuerzas tanto en la escena interna-

cional como regional, que no permite a los pueblos oprimidos, incluido el palestino, avanzar de manera significativa hacia la independencia.

La capacidad de alcanzar una serie de objetivos nacionales no depende sólo de la fuerza de voluntad o de la buena disposición para hacer sacrificios personales, sino de circunstancias objetivas derivadas de la fuerza militar, de la estabilidad económica, de un orden social viable y de un marco político sólido. Ninguno de esos componentes se da hoy entre los palestinos.

Hace apenas ocho años el pueblo palestino fue intoxicado con engañosas celebraciones de paz. Apoyó la normalización, confiando en líderes israelíes como Simón Peres y Ehud Barak. La misma irreflexión prevalece en la actualidad, mientras se mantiene en pie de guerra frente al ocupante aún cuando no cuenta con los medios para hacerlo. Ocho años de corrupción, mentiras y dictadura de la AP no han generado ni un solo intento serio de liderazgo alternativo. Arafat sigue siendo el único dirigente en la escena, sin programa ni proyecto.

Liberación nacional en la ‘aldea global’

La ocupación es una forma de opresión, pero, en general, los pueblos no luchan para cambiar una forma de opresión por otra, ni siquiera cuando a esa forma nueva se le cuelga la etiqueta de ser *nacional*. El derecho a la autodeterminación ha dejado de ser una cuestión nacional que deba ser resuelta por cada pueblo por sí mismo. En la actual realidad capitalista, los pueblos que son abandonados a su terminan con toda probabilidad muriéndose de hambre. Supongamos que Israel se retira de

los TTOO, levanta un gran muro y abandona a los palestinos a su suerte (una idea con la que muchos israelíes están de acuerdo). Ningún estado viable surgiría en los TTOO. Los palestinos carecen del requisito de la infraestructura económica. Seguirían dependiendo de EEUU, que no permitiría la emergencia de un Estado que pudiese amenazar económicamente o de ninguna otra manera a los regímenes de la región.

Palestina, títere norteamericano, no sería capaz de resolver los problemas de la pobreza, el desempleo y los refugiados. Los dirigentes de la Intifada actual no tienen ni ideología, ni un programa social. Se las van arreglando con eslóganes, como diciendo: “nos desharemos de la ocupación y entonces todo se arreglará”.

Tras esa noción se esconde la estrecha conciencia de clase de la burguesía palestina. Como sus colegas en el seno de otros regímenes árabes, también sueñan con hacerse un hueco en el ‘nuevo orden mundial’. Si lo consiguen, lo que surja al lado de Israel será una entidad pobre y subdesarrollada. La mayor parte de su pueblo se sentirá frustrado por haber sido timados de nuevo. Una entidad así no podrá proporcionarles seguridad, salud, educación o empleo. Así pues, el problema esencial no es de carácter territorial sino económico, social y político.

La lucha por la independencia palestina no puede separarse de la lucha contra los dictadores árabes. Estos últimos proporcionan las bases para el mantenimiento de la hegemonía norteamericana en la región. Cualquier movimiento revolucionario les irrita, y con razón. Se oponen

a la ocupación israelí sólo cuando hay disturbios en su propia casa. La mayoría de ellos aceptaron a Israel en la primera Conferencia de Madrid, reconociéndolo como parte del sistema. Nada esencial ha cambiado desde entonces.

El interés supremo de la política exterior de EEUU es el mantenimiento del sistema capitalista, lo cual requiere controlar los campos de petróleo en nuestra región. Este

interés mantiene tanto a Israel como a los dictadores árabes en sus posiciones dominantes. Por ello, el principio de autodeterminación solo puede desarrollarse si incluye mensajes revolucionarios vinculados a la lucha contra el capitalismo. De lo contrario, da rienda suelta a la visión megalómana de Bush, a la sospechosa ini-

ciativa de Sharon y a las engañosas promesas de Arafat.

En consecuencia, un Estado palestino viable sólo puede llegar a existir dentro del contexto de un cambio revolucionario en la región. El mundo árabe considera que la visión socialista es irreal e inaceptable para las masas. La izquierda, en lugar de luchar contra el islam político, ha copiado su comportamiento. En lugar de prometer un mundo mejor a través del socialismo, sus dirigentes prefieren edificar a sus oyentes con encendidas descripciones del paraíso que aguarda al suicida.

La izquierda, en
lugar de luchar
contra el islam
político, ha
copiado su
comportamiento



El futuro y la solidaridad internacionalista

El reto más urgente al que se enfrenta el pueblo palestino es construir un liderazgo alternativo que luche contra la ocupación desde una

base nueva y diferente. En lugar de depender de EEUU y de los regímenes del mundo árabe, necesitará alinearse en su contra. No debe confiarse a un marco religioso o nacional. Deberá desarrollar, por el contrario, una base internacionalista. ¿Podrán los palestinos arreglárselas para que se produzca este cambio? La respuesta es afirmativa, pero no como una empresa solitaria sino como parte de un esfuerzo global.

Esfuerzo que no debe limitarse al mundo árabe. No son sólo los palestinos quienes sufren un problema de liderazgo. Derechistas y fascistas democráticamente elegidos son miembros de muchos gobiernos occidentales en la actualidad. Todos ellos son corruptos. Todos están financiados por el gran capital y defienden sus intereses. Envían sus ejércitos a la guerra y crean más pobreza con el fin de preservar su modo de vida capitalista.

Según escribo estas líneas, una ola de manifestaciones pro-palestinas se extiende por el mundo. Incluso figuras importantes del movimiento antiglobalización fueron a Ramala esquivando a los tanques israelíes y penetrando en el complejo de Arafat para mostrarle su solidaridad. Esas acciones bienintencionadas erraron en sus objetivos. Los progresistas de Occidente no ayudan a los palestinos protegiendo a su dictador. Mejor les ayudarían trabajando en sus propios países por el derrocamiento del sistema capitalista que mantiene a los dictadores en el poder. Los palestinos necesitan renovar sus fuerzas. Las pueden obtener de otras luchas de liberación

como los movimientos de los trabajadores de los países capitalistas desarrollados. Ya no pueden llevar la carga solos. Los años de lucha aislada han agotado sus recursos. La guerra de Israel contra los palestinos es parte de la campaña global que EEUU libra contra todo aquel que se oponga al orden que quiere imponer en el mundo. Israel representa al sistema capitalista; los palestinos, a los oprimidos. Junto a los palestinos están los argentinos, los salvadoreños y los sudfricanos, que anhelan el momento en el que la clase trabajadora y las fuerzas progresistas de Occidente se despierten para unirse a ellos en la lucha contra sus regímenes.

La eliminación de la AP augura el principio de una nueva fase. Los intentos de Israel por gobernar mediante control remoto han fracasado. El vacío

político resultante forzará la reorganización de las clases trabajadoras palestinas. El largo camino a la independencia debe continuar desde el mismo punto en el que sus dirigentes lo abandonaron, antes de la Conferencia de Madrid y de Oslo. El pueblo palestino puede inspirarse en el ejemplo positivo que ofrece la primera Intifada. Las exigencias nacionales ganarán en nuevos contenidos cuando formen parte de un esfuerzo internacional para construir un liderazgo socialista a escala global.

Para Israel, el futuro no es en absoluto prometedor. La guerra sucia que libra contra los palestinos muestra lo incapaz que es de relacionarse con ellos como iguales. Su comportamiento bárbaro ha profundizado las contradicciones dentro de

La guerra de
Israel contra los
palestinos es
parte de la
campaña global
que Estados
Unidos está
librando

